

II-Reencuentro

Tenía arena hasta dentro de la boca, sentía su amargo regusto a óxido. Habían sido unas semanas duras, cada vez le estaba siendo más difícil traspasar la frontera, en alguna ocasión se había visto en la necesidad de colarse en los camiones de ayuda humanitaria, a veces sobornando y otras haciendo gala de su identidad de reportero con credencial, no le faltaban argucias. Pero cuando iba acompañado de las chicas, ya la cosa se empezaba a complicar, entonces era cuando entraba en juego su ingenio, aunque la gran mayoría de las veces tenía que improvisar.

Ahora se encontraba a salvo, o al menos eso creía, en esta ocasión tuvieron que andar con rapidez, sintiéndose con el agua al cuello, fueron dos operaciones importantes y las dos concluidas con éxito; gracias a Laila, que se hizo cargo de las chicas que había interceptado en Palma, y que consiguió llevar hasta Gaziantep. Allí las recogió un camión con distintivos de organismos de ayuda humanitaria, hasta Alepo, ahora pasarían un mes de purificación, antes de encontrarse con sus maridos. Se sentía cansado, pero feliz, todo se estaba desarrollando con la ayuda de Dios, no le cabía duda de que había escogido el camino de la liberación, por ello todo lo que hacía tenía un sentido, que sería recompensado ampliamente en el paraíso.

En Palma se sentía como en casa, y era ahí donde llevaba a cabo la parte creativa del trabajo. La producción de videos de propaganda del grupo de combatientes, con la finalidad de ganar cada vez más adeptos, e infundir terror en las filas enemigas. Con todo el material recogido en estos últimos

días podía hacer un gran trabajo, Miguel sentía una fascinación especial por la tortura, le gustaba y se sentía cómodo. Cuando gravó las primeras decapitaciones, comprendió su fascinación por ella. Fue ahí donde recordó la primera vez que vio tanta sangre, su padre siempre había dado muestras de violencia, pero cuando él apenas tenía 10 años, lo vio matar a golpes a su propia madre. Le propinó tal paliza, producto de los celos y el alcohol, que murió en su propia casa. El entonces niño salió corriendo a refugiarse en el desván de su casa, pero su padre no tenía plan en esta ocasión de pegarle a él si no que, muy por el contrario, se pegó un tiro con la escopeta de caza y ahí acabó todo. Cuando el pequeño escuchó el estruendo, salió llorando de su escondite y se encontró con la macabra visión, se acababa de quedar huérfano.

Pero aún recordaba como no podía apartarse de la escena, toda esa sangre salpicando todo alrededor, el olor que desprendía. Sentía tal fascinación que no podía dejar de mirar, sintió una punzada en el corazón. Amaba a su madre, una pobre mujer que aguantó hasta el último suspiro las palizas que les propinaba a los dos, aunque siempre salía peor parada ella, por tal de protegerle. En casa no faltaba el dinero, el padre había trabajado para la OTAN, y lo habían jubilado prematuramente debido a secuelas mentales producto de tantas operaciones en países en guerra. Cuando su padre tenía esos ataques de violencia, Miguel siempre se iba al sótano, en la oscuridad de este se sentía protegido. Había adquirido la violencia como propia, como algo natural, aunque disfrutaba más cuando la cometían otros, mientras miraba ensimismado. Pero comenzó a instruirse en las técnicas de tortura en la

soledad y oscuridad del desván, tenía pequeños animalillos a los que capturaba, y antes de matarlos; los torturaba, les quitaba las alas, les pegaba y prendía fuego, ocasionándoles una muerte lenta. Era de esperar que tuviese esa fascinación, le hacía sentir con poder sobre lo que le rodeaba, algo que le acompañaba allá donde fuese y lo enmascaraba bajo un halo de carisma y determinación.

Por eso fue una verdadera liberación cuando viajó a países donde se aplicaba “el Diente por Diente y ojo por ojo”, el tiempo que pasaba en Raqqa era muy provechoso para él , aunque detestaba a uno de los líderes, un negro de 1,90x2 m al que apodaban el pirata, como era de esperar, porque le faltaba un ojo y el hueco lo llevaba tapado con un parche negro que le daba todavía mayor ferocidad a su expresión. Aunque era venerado y ensalzado como un auténtico líder, era imponente en su físico y en su mente, hábil para los negocios y aunque duro y esquivo, sentía predilección por la joven Laila, a la que consideraba una de las mejores guerreras. La joven aprendía rápido, y aleccionaba con entusiasmo y determinación a las jóvenes provenientes de los diferentes países, organizándolas en casas e instruyéndolas correctamente en su cometido.

Se contaban por miles los motivos por los que todo el mundo veneraba a el Pirata, eso y por supuesto su capacidad de liderazgo. Era magnético, tan solo con su mirada te podía helar la sangre, incluso se hablaba de que usaba cierta magia negra procedente de las salvajes y arbóreas tierras de su Ruanda natal.

A veces pensaba, que cuando todo acabase, y las extensas tierras fuesen del Califato, se iría a Sanliurfa, la pequeña

ciudad a 80km del Éufrates, lo tenía fascinado, claro está, si antes el todo poderoso no lo llamaba al paraíso.

Vivía en un piso grande y antiguo en la avenida Jaime III, en Palma, le gustaba porque conservaba la madera antigua y los techos eran muy altos, el suelo lo tenía cubierto de alfombras, y andaba descalzo todo el tiempo. Cuando quiso darse cuenta ya era el momento de la oración, hizo sus abluciones pertinentes, y se recostó haciendo una reverencia mirando a la Meca, entonó sus oraciones dando gracias a Alá por la victoria contra los apóstatas y los cruzados. Se levantó después de unos minutos de rezo y se dirigió hacia su cachimba de opio, esa noche necesitaba concentración e inspiración, tenía que hacer los montajes de los últimos vídeos tomados en su breve estancia en Raqqa. Los guerreros de Alá habían capturado a un numeroso grupo de Kurdos que se defendieron con bravura, aunque terminaron capturados y ajusticiados según sus leyes.

De momento estaba seguro de que la policía no sospechaba, tenía un trabajo respetable como fotógrafo para el exclusivo centro de masaje, el Templo de Saba, les llevaba la publicidad y les mantenía la página actualizada, y por otro, su trabajo de corresponsal de guerra, pagado por televisiones locales. Y por supuesto el entramado hábilmente construido en la isla con colaboradores de todo tipo para sus fines propagandísticos y de reclutamiento. El más valioso de momento era Hachim, “el cachorro”, un chico marroquí que trabajaba en el supermercado de enfrente de su casa, y el cual se estaba convirtiendo en un verdadero guerrero. Taimado e inteligente, la primera vez que lo vio en el supermercado del barrio supo que tenía

madera para ser tallado con delicadeza y convertirse en un buen combatiente, y no se equivocó. Con apenas 18 años, era un alumno aventajado, y lo bueno de su juventud era la valentía y el arrojo, esa ausencia de miedo lo hacía de inestimable ayuda. Por fortuna, en el barrio andaba muy bien considerado, siempre tan amable y sonriente, nadie podría imaginar que dentro se estaba fraguando un asesino. Había sido seducido por la llamada del Califato y su odio hacia los occidentales iba en aumento, a los que consideraba sucios perros, como era de esperar tenía una gran capacidad de disimulo, nadie podía ver en el sonriente y amable muchacho una amenaza tan atroz.

Miguel, abrió su portátil mientras exhalaba bocanadas de opio, que lo estaban empezando a transportar al mundo de la imaginación. Se sentía pletórico de inspiración, de fondo se puso oraciones llamando a la yihad. Eran cánticos suaves y a la vez contundentes, realizados en una cadencia que calaban en su subconsciente de forma subliminal, de igual manera que calaba en las mentes de todos los acólitos, pero a él le producían un efecto placentero con el que alcanzaba la inspiración. Le hacía trabajar mejor, con una idea y con un fin verdaderamente justificado. Así, poco a poco la noche fue avanzando, lentamente, entre la humareda de su cachimba y los salmos religiosos. Era un tipo creativo, el problema era la temática escogida para sus producciones, y lo peor de todo que no era ficción, si no la pura y cruda realidad. Demasiada rapidez y mucha creatividad, hasta que al fin la luz tibia del sol lo despertó. Se había quedado dormido ultimando los montajes propagandísticos, las extrañas sombras proyectadas por el sol le parecieron siniestras, e hizo una mueca de desagrado.

Miró la hora, eran las 8, todavía le daba tiempo a tomarse un té, y ponerse rumbo a el “Templo de Saba”. Tenía que hablar con Lucía, seguían viéndose desde que se conocieron en Málaga, pero el ardor pasional de los primeros tiempos había dado paso a una relación más profesional, aunque se preguntó si ella tendría algún tipo de deseo sexual hacia él. Se encontraba con ganas, desde que se marchó a Raqqa no tuvo tiempo de nada, y mucho menos de sexo, era ese el motivo de que sintiera cierta desazón interna que le urgía calmar. Lucía había insistido en verle, era cierto que tenían que hablar de temas importantes, ella no participaba directamente en la captación de chicas para llevarlas a Siria, pero era consciente de que Miguel, se servía del centro de masaje para sus planes. A ella le interesaba sobre todo el trapicheo con esa droga nueva que últimamente se había puesto tan de moda, y que le proporcionaba una buena cantidad de dinero. Tenía un nuevo socio, un cliente que le iba a facilitar la entrada de la droga en la Isla, camuflada entre los coches de alta gama que esperaba recibir. Pero lo que más le urgía a Lucía era el caballo cortado que le pidió; Miguel ni siquiera le preguntó para qué lo necesitaba, «sus motivos tendría supuso». Lo tenía todo preparado, era de la peor calidad que pudo conseguir, algo no muy difícil. Esa mañana se había levantado con la sensación de sentirse impuro, y con una gran erección difícil de hacer desaparecer, por lo que decidió calmarla manualmente en el baño; mientras pensaba en todas esas jóvenes vírgenes de cuerpos delgados con deliciosos senos redondeados, y con sus pequeñas cerezas duras y de brillante color carmesí. Después de esas desbordantes imágenes, se deshizo en calambres de placer que le recorrieron el cuerpo

como si le hubiese dado la corriente a un voltaje demasiado elevado, para al fin caer exhausto su desgarrado cuerpo desnudo sobre el filo del lavabo. Al cabo de unos segundos se miró en el espejo, las ojeras eran demasiado grandes y su tez prácticamente traslúcida, se dio una ducha rápida y fría. Cogió su bicicleta de la terraza y la metió como pudo en el estrecho y antiguo ascensor, salió con algo de dificultad, una vez fuera montó en ella y pedaleó rápido por el denso tráfico de la AV Jaime III hacia la AV Juan Miro. En bicicleta apenas tardaría unos 12 minutos a buen ritmo. El tráfico era denso, pero para él no había escollos, se metía entre los coches esquivando motos y peatones, era una verdadera temeridad. Todo lo que hacía daba la impresión de hacerlo al límite, y probablemente no era consciente de ello. Al fin, pasados unos cuantos semáforos, algunos atascos de coches pésimos conductores, y respirando un poco de brisa marina, llegó a el Templo. Estaba un par de calles más atrás de el "Café Garito", un lugar variopinto, con comida de diseño y música en vivo al que acudía un público variado y que como era natural tan temprano en la mañana se encontraba cerrado. El Templo de Saba también se encontraba cerrado al público, pero en su interior había una cuadrilla de personal de limpieza empleándose a fondo para dejarlo de nuevo con todo el glamor de horas atrás, y por supuesto estaba Lucía, supervisora de todo el entramado de lujo y placer. El centro de masaje estaba enclavado en una antigua construcción del siglo 16, al edificio se accedía desde el exterior a través de una gran puerta de madera. Una vez dentro, era cuando el Templo de Saba alcanzaba todo su esplendor, el agua manaba caprichosamente de la esplendorosa fuente árabe, el tintineo propiciaba un estado de relajación total. Mantenía

la arquitectura originaría de amplios arcos elípticos que rodeaban el patio interior, al que añadieron una enorme estructura piramidal construida con piezas de vidrio, que aumentaba la sensación de amplitud.

Lucía lo estaba esperando en la tercera planta, la más luminosa y donde se encontraba el Spa. Miguel observaba a la cuadrilla de limpiadoras con sus trajes de faena color azul y una luz en la frente, parecían espeleólogos afanándose en la encomiable tarea de descubrir un tesoro de la antigüedad, les dirigió un tímido saludo que no recibió respuesta. Miró hacia arriba, y aunque la luz del sol era tan intensa que apenas podía ver con nitidez, sí pudo alcanzar a distinguir el pelo revuelto de su amiga mientras le sonría y movía nerviosa la mano para que se diese prisa. Dejó su bicicleta en el hueco de la escalera y como se encontraba plétórico de energía, en vez de coger el ascensor, subió las majestuosas escaleras con suma velocidad. Para cuando llegó a la tercera planta, todavía le quedaron fuerzas para coger a su amiga y darle un tierno abrazo.

—Miguel—dijo emocionada al verlo—, que alegría verte de nuevo y por lo que veo—dijo picarona—tú, también estás contento de verme—.

Le sonrió con sus penetrantes ojos—¿Están las cámaras apagadas?— preguntó ansioso.

—¡Por supuesto!—respondió ella, llevaba un escueto Kimono entreabierto que mostraba sus pechos y dejaba adivinar un pubis rasurado, entonces Miguel deslizó su largo dedo por su sexo y jugueteó con los labios humedecidos ya por el ansia, ella estalló en un grito de

placer. Miguel le tapó la boca—hay gente trabajando cariño—dijo divertido.

Lucía lo arrastró hasta adentrarse en una de las habitaciones spa, era pequeñita y el jacuzzi no tenía agua todavía, pero un coqueto diván de color púrpura podía servir muy bien para el momento íntimo.

Miguel terminó de quitarle la pequeña tela que cubría su cuerpo, hasta quedar desnuda. Lucía parecía nerviosa.

—¿Me has traído lo que te pedí?

Él La miró abriendo sus pequeños ojos hundidos y maliciosos—por supuesto que sí preciosa, ¿qué te traes entre manos?—. Le preguntó curioso aun a sabiendas de que no se lo diría, conocía bien a su amiga y era sumamente reservada.

Se incorporó rápida y nerviosa, dejando al descubierto sus grandes pechos desproporcionados con su cuerpo, Miguel aprovechó y le dio un pequeño pellizco cariñoso en el pezón, a lo que ella respondió dándole un fuerte manotazo.

—Perdona—dijo rápidamente e intentó mostrarse calmada, aunque Miguel, se dio cuenta de la mirada llena de odio, le cogió suavemente las manos, quiso tranquilizarla.—No te preocupes preciosa, no pasa nada—cogió de su mochila una pequeña bolsa oscura y se la ofreció con gesto complacido, Lucía agarró la bolsa en un movimiento rápido, para después darle un abrazo sincero a Miguel,—no sabes lo feliz que me acabas de hacer—dijo mientras hundía la cara entre su pecho.

—Me alegro, preciosa, me alegro—.Miguel le mesaba el pelo con sus largos y huesudos dedos de pianista, y sus escrutadores ojos se perdieron en el universo incierto del momento.

